

Texturas del yo: vacío y consistencia

Textures of the Ego: Void and consistency

Por Diana Algaze¹, Verónica Caamaño¹, Andrea Pirroni¹, Tomasa San Miguel¹ y Milagros Scokin¹

RESUMEN

Hacia el final de su enseñanza Lacan propone una lectura del yo en consonancia con sus teorizaciones acerca de la topología y la lógica nodal. Dicha relectura nos permite revisar el estatuto del yo, su constitución y su función en el ser parlante. Quisiéramos, por ello mismo, fundamentar una distinción entre la modalidad que presenta el yo en las neurosis y la constitución del yo, y su funcionamiento, en el *parlêtre*. Para ello comenzaremos por articular la relación del yo con el inconsciente para dilucidar si las conceptualizaciones más revisadas en la bibliografía psicoanalítica sobre el yo no apuntan, en general, al modo de funcionamiento del yo en la neurosis. Para ello abordaremos, desde el planteo freudiano, la constitución del yo y su relación con la represión como mecanismo propio de las neurosis y, en función de eso, la constitución de la realidad y del cuerpo. Luego nos detendremos en las formulaciones freudianas sobre el nacimiento, desarrollo y constitución del yo en su relación al cuerpo y al narcisismo. Finalmente, intentaremos definir el yo como agujero en lo imaginario, diferenciando los distintos tipos de agujero en el nudo que constituye al ser hablante.

Palabras clave: Yo - Cuerpo - Represión primaria - Verdadero agujero - Ser hablante

ABSTRACT

Towards the end of his teaching, Lacan proposes a conception of the self according to his theorizations about topology and nodal logic. This rereading allows us to review the status of the self, its constitution and its function in speaking. We would like, therefore, to base a distinction between the form that presents the self in the neuroses and the constitution of the self, and its functioning, in the *parlêtre*. We believe that it is clinically necessary to move a certain theoretical detour that promotes the conceptualization of the self from a single reading: the self is imaginary and therefore we must avoid dealing with it. What are the consequences that psychoanalysis promotes at a social level under this kind of foreclosure of the self as an ideal of healing? Lacan will say that “the subject is not without his self”, and “that psychoanalysis is a practice that deals with that which does not work out, terribly difficult since it pretends to introduce into everyday life the impossible and the imaginary” (Lacan, 1974: p.1).

Keywords: Self - Knot - Parlêtre - The imaginary

¹Universidad de Buenos Aires (UBA) Facultad de Psicología (UBA). Docente Cátedra II. Psicopatología, Titular Doctor Fabián Schejtman. Facultad de Psicología (UBA). Investigadora UBACyT. E- Mail dianalgaze@gmail.com

El yo es un agujero

“Por el momento, lo que hago es encanallarme todo lo posible. ¿Por qué? Quiero ser poeta y me estoy esforzando en hacerme Vidente: ni va usted a comprender nada, ni apenas si yo sabré expresárselo. Ello consiste en alcanzar lo desconocido por el desarreglo de todos los sentidos. Los padecimientos son enormes, pero hay que ser fuerte, que haber nacido poeta, y yo me he dado cuenta de que soy poeta. No es en modo alguno culpa mía. Nos equivocamos al decir: yo pienso: deberíamos decir me piensan. — Perdón por el juego de palabras. YO es otro. Tanto peor para la madera que se descubre violín, ¡y mofa contra los inconscientes, que pontifican sobre lo que ignoran por completo!

Usted para mí no es Docente. Le regalo esto: ¿puede calificarse de sátira, como usted diría? ¿Puede calificarse de poesía? Es fantasía, siempre. — Pero, se lo suplico, no subraye ni con lápiz, ni demasiado con el pensamiento.”

De Arthur Rimbaud a Georges Izambard
Charleville, [13] mayo 1871

Hacia el final de su enseñanza Lacan propone una lectura del yo en consonancia con sus teorizaciones acerca de la topología y la lógica nodal. Dicha relectura nos permite revisar el estatuto del yo, su constitución y su función en el ser parlante. Quisiéramos, por ello mismo, fundamentar una distinción entre la modalidad que presenta el yo en las neurosis y la constitución del yo, y su funcionamiento, en el *parlêtre*.

Creemos que es clínicamente necesario conmovier cierto desvío teórico que promueve la conceptualización del yo desde una lectura única: el yo es imaginario y por lo tanto hay que evitar ocuparse de él. ¿Cuáles son las consecuencias que a nivel de lo social promueve el psicoanálisis bajo esta especie de forclusión del yo como ideal de la cura? Lacan dirá que “el sujeto no es sin su yo”, y “que el psicoanálisis es una práctica que se ocupa de aquello que no anda, terriblemente difícil ya que pretende introducir en la vida cotidiana al imposible y al imaginario” (Lacan, 1974: p. 1).

En “El Seminario” 22 Lacan diferencia la consistencia de la ex-sistencia ubicando a esta última respecto de lo que en cada uno de los tres registros hace agujero. Allí dice: “Freud designa como el yo ¿qué? Ninguna otra cosa que en lo que la representación hace agujero” (...) “Es en la bolsa del cuerpo, es por esta bolsa que se encuentra figurado el yo, en lo cual, por otra parte, esto lo induce a tener que, sobre ese yo, especificar algo que justamente hacía allí agujero por dejar entrar allí el mundo, por necesitar que esta bolsa sea de alguna manera taponada por la percepción. Es en tanto que tal que Freud no designa, sino que traiciona, que el Yo no es más que un agujero.” (Lacan, 1974-75: p. 27)

El yo agujerea lo imaginario, dándole consistencia. Lo imaginario consiste -arma consistencia- por su agujero, es decir aquello que ex-siste. Siendo además que los agujeros de cada uno de los registros hacen posible que el agujero central del nudo se encuentre bien situado.

El imaginario del ser parlante depende para su funcionamiento de ese agujero, si no se contara con él se verificarían las consecuencias clínicas de la proliferación de imágenes alucinatorias, las desregulaciones de la imagen en síntomas anoréxicos u otros tantos efectos de un imaginario no ahuecado.

Además, esta lectura nos permite conceptualizar de otro modo la noción de cuerpo, ya que Lacan establece que se trata de la continuidad imaginario-real, y esto trae una torsión particular a los embrollos teóricos respecto del adentro y el afuera.

Nos interesa, entonces, definir este yo que se aloja en el punto mismo del agujero en lo imaginario. Para ello comenzaremos por articular la relación del yo con el inconciente para dilucidar si las conceptualizaciones más revisadas en la bibliografía psicoanalítica sobre el yo no apuntan, en general, al modo de funcionamiento del yo en la neurosis. Para ello abordaremos, desde el planteo freudiano, la constitución del yo y su relación con la represión como mecanismo propio de las neurosis y, en función de eso, la constitución de la realidad y del cuerpo.

Luego nos detendremos en las formulaciones freudianas sobre el nacimiento, desarrollo y constitución del yo en su relación al cuerpo y al narcisismo.

Finalmente, volviendo al punto de interrogación inicial, intentaremos situar y teorizar el agujero que en lo imaginario el yo sostiene para diferenciar distintos tipos de agujero en el nudo que constituye al ser hablante.

El yo y su vínculo con la conformación del inconciente

En un trabajo anterior (Algaze y AAVV, 2016) planteamos que la constitución del inconciente y del yo-cuerpo depende de la inscripción de ciertas pérdidas. Establecimos que la operación de segregación e inscripción de ese “resto que es ajeno” propuesto por Freud, en tanto pérdida, determina la posibilidad de la constitución de un inconciente agujereado. Y que la operación que implica la “pérdida de los objetos que antaño produjeron placer”, permitiría constituir un yo definitivo.

Además, encontramos que en la “Conferencia de Cierre de Carteles”, Lacan articula la represión primaria a la operación de “nombrar el agujero”, allí dice: “Entonces trato de reducirme a no nombrar eso que junto con Freud, yo llamo el *Urverdrängt*, lo que se resume al final en nombrar el agujero” (Lacan, 1975: p. 49). Se trata de la idea del inconciente haciendo agujero en lo real y distribuyéndose alrededor de eso, que funciona como punto de atracción. Lacan habla aquí de cómo se constituye el cuerpo del inconciente y el cuerpo pulsional, superficies que surgen del “agujero original”. Leemos allí que surgen del vacío, en tanto éste se agujerea -se vacía-, de la mano de la nominación.

Teniendo en el horizonte de este trabajo investigar la constitución del yo a partir de esta operatoria, comenzaremos por interrogar la relación del yo con el inconcien-

te para intentar su fundamentación. La represión primaria constituye al inconciente, se trata del agujero en lo simbólico, no funda al *parlêtre*; el ser hablante no es sólo inconciente, implica el anudamiento de los tres registros. Además, por otro lado, por ejemplo, en las psicosis no se cuenta con él y sin embargo parece haberse expandido teóricamente el funcionamiento de la represión y sus avatares en la neurosis al estudio del ser parlante. A propósito de esto Lacan se pregunta si la neurosis es natural, y dice: “No es natural más que en tanto que en el hombre hay un Simbólico, y el hecho de que haya un Simbólico implica que un significante nuevo emerge, un significante nuevo con el cual el Yo (*moi*), es decir la consciencia, se identificaría; pero lo que hay de propio al significante, que he llamado con el nombre de S1, es que no tiene más que una relación que lo define: la relación que tiene con S2. S1---S2. Es en tanto que el sujeto está dividido entre ese S1 y ese S2 que se soporta, de suerte que no se puede decir que sea uno sólo de los dos significantes quien lo represente” (Lacan, 1977-78: p. 4). Parecería que en las neurosis el yo queda cristalizado a un S1, intentando tapar el agujero de lo simbólico.

Decimos con Freud que la constitución del inconciente depende de la represión primaria y que la posibilidad de que pueda operarse la represión secundaria consiste en que el yo se haya constituido. Freud dirá que ésta última parte del yo, encontrándose en la base de toda la conceptualización sobre las neurosis. El yo será la instancia que pone en juego los mecanismos de defensa a partir de la señal de angustia, de allí que en “Inhibición, síntoma y angustia” sea definido como genuino almácigo de la angustia. Finalmente, el yo, o bien sufrirá una adaptación al síntoma creado, como solución de compromiso ante el peligro económico, o bien seguirá ejerciendo la defensa frente al síntoma. En “Neurosis y Psicosis”, por su parte, señalará que dependerá de la plasticidad del yo la posibilidad de resolver los requerimientos de la pulsión sin enfermar por ello.

Varios autores trabajan esta fundamentación, Laplanche, por ejemplo, sostiene que en los primeros tiempos de la represión originaria el yo no existe, aunque también agregue que previo a ese tiempo: “El yo es simplemente el cuerpo, y las primeras inscripciones del significante enigmático hay que concebirlas de un modo difícil de pensar, como inscripciones sobre el cuerpo, (...) en lugares que llegarán eventualmente a ser zonas erógenas”. (Laplanche, 1990). Siendo en un segundo tiempo, “en el momento correlativo a la formación del yo, que éste se vuelve el representante de los intereses del cuerpo, es en este momento cuando se opera el primer intento de traducción. (...) Este intento de traducción, este intento de dominio, tiene como resultado, evidentemente, una primera teorización, un primer dominio en el sentido del yo, pero al mismo tiempo es la creación de un saldo, de un resto que es el primer nudo del inconciente, lo que denomino los “objetos-fuente”. (Laplanche, 1990).

Desde esta perspectiva aún cuando el yo queda articulado al concepto de represión y su función de

dominio, también podemos subrayar cierta articulación del yo al cuerpo, aunque no se trate del cuerpo especular, que solo dejaremos acentuado ya que lo desarrollaremos más adelante.

En la misma línea Bleichmar dice que “El yo no se constituye en el vacío” (Bleichmar, 1993: p. 49) y que resulta “impensable el Yo sin Represión” (Bleichmar, 2010: p. 51). Pero en “Pulsiones y sus destinos” Freud destaca mecanismos de defensa distintos a la represión: “Los destinos de pulsión que consisten en la vuelta sobre el yo propio y en el trastorno de la actividad en pasividad dependen de la organización narcisista del yo y llevan impreso el sello de esta fase. Corresponden, quizás, a los intentos de defensa que en etapas más elevadas del desarrollo del yo se ejecutan con otros medios.” (Freud, 1915: p.129). Silvia Bleichmar los presenta como mecanismos estructurantes del aparato psíquico, ya que su aparición marca el primer tiempo de la Represión originaria, como represión fundante del inconciente y la diferenciación entre los sistemas. (Bleichmar, 1993: p. 269).

Nos proponemos, entonces, reflexionar acerca del recorrido lógicamente necesario para arribar a la construcción del Yo en términos de instancia psíquica, y los accidentes o detenciones que puedan suceder en dicho proceso. En los textos freudianos encontramos múltiples referencias sobre el yo, algunas más ligadas al desarrollo libidinal y otras en relación al inconciente y la defensa; yo como organización coherente del cual depende la conciencia, y sobre el cual se soporta la represión de lo inconciliable.

Pero ¿qué ocurre antes de la fundación del Inconciente? Y más acá aún, ¿antes de la instauración de la pulsión?, “...la pulsión no es un ente abstracto, biológico, definido en sí mismo, sino que es el efecto de la intrusión sexualizante del otro humano, desprendida de la biología”. (Bleichmar, 1984: p. 48).

Intentaremos desarrollar un posible punto de articulación y para ello nos detendremos en los movimientos originarios del sujeto psíquico y el papel del otro auxiliar. Freud en su texto “Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico”, rastrea el desarrollo del principio del placer hasta el principio de realidad, y señala que dicho proceso sólo es pensable si en las consideraciones del infante se incluye con él el cuidado que recibe del otro de los primeros cuidados.

A su vez Winnicott afirma “No hay nada que sea un infante”, en el sentido de que, por supuesto, siempre que encontramos un infante encontramos también el cuidado materno, y sin cuidado materno no habría infante. En las primeras etapas del desarrollo psíquico, infante y cuidado materno se pertenecen recíprocamente y son inextricables. Si esto no ocurriera el sujeto queda expuesto a montos hipertróficos de angustia de aniquilación. (Winnicott, 1965: p. 53). Esta función de sostén de la madre propicia la *dosificación* de la respuesta materna, no es pura ausencia ni exceso de presencia, adelantándose a las necesidades del infante.

Partimos de una premisa clave: la maduración del yo requiere del ego auxiliar materno (Bleichmar, 1993: p.

49), si no hubiera sostén materno el infante es incapaz de iniciar el proceso de la maduración del Yo. Para Winnicott sólo se puede sostener un adecuado sostén sobre las bases del amor materno, y el amor en las primeras etapas de la vida sólo puede demostrarse a través del cuidado del cuerpo; no hablamos aquí solamente del cuidado del organismo, lo fundamental remite al “contacto amoroso que implica algo más que el cuidado del cuerpo” (Bleichmar, 1981: p. 38).

Junto con estos mismos movimientos de cuidado del organismo, que apaciguan las tensiones y alimentan la autoconservación, se constituye la pulsión, y se abre la posibilidad del futuro emplazamiento autoerótico. En “Introducción del narcisismo” Freud dirá que “Las primeras satisfacciones sexuales autoeróticas son vivenciadas a remolque de funciones vitales que sirven a la autoconservación.” (Freud, 1905: p. 84), es decir que el autoerotismo se constituye por el abandono del objeto oral; destete que implica la vuelta de la libido a las zonas del cuerpo. En este sentido, resulta fundamental aclarar que “La sexualidad nace apoyada en los bordes exteriores del cuerpo que cumplieron una función biológica (alimentación, excreción)” (Masotta, 1980: p. 45), por eso decimos que la pulsión se constituye en el encuentro con el Otro-otro regulado por las funciones parentales. Según Freud lo oral en términos de chupeteo es resto de goce del viviente. Plantea que en la etapa oral o canibálica la actividad sexual no se ha separado de la nutrición. El objeto de una actividad es también el de la otra, la meta sexual es la incorporación del objeto, el paradigma de lo que más tarde en calidad de identificación desempeñará un papel psíquico tan importante. “El chupeteo puede verse como un resto de esta fase hipotética que la patología nos forzó a suponer; en ella la actividad sexual, desasida de la actividad de la alimentación, ha resignado el objeto ajeno a cambio de uno situado en el cuerpo propio”. (Freud, 1905: p. 180). Es claro, entonces, que el autoerotismo es efecto de la pérdida del objeto de la necesidad.

En el Yo Real primitivo, en los primeros momentos de la vida, no se logra el reconocimiento aún de un otro, un mundo, un “no-Yo”. Sí se vislumbra que ciertos estímulos son discontinuos (el niño asocia su desaparición con los movimientos que realiza con su cuerpo), mientras que otros mantienen constante su presión, por más que se realicen movimientos; es decir, no resulta posible apartarse de ellos. De este modo, durante este momento se comienza a circunscribir un lugar (anterior de lo interior) como sede de lo inevitable. Por fuera queda un incipiente exterior, que en principio será aquello que puede ser suprimido, de lo que es posible fugarse, es decir, lo indiferente.

Las exigencias del soma hacen inviable que se sostenga el principio de constancia. Por su parte, el recurso a la fuga también deviene deficitario en tanto no puede evitarse el estímulo endógeno. Esto conduce al investimento de los estímulos endógenos, es decir que los órganos de donde provienen dichos estímulos comienzan a tener representación. (Moreira, 1995).

Es así como “este yo real primitivo está configurado por representaciones de órganos articuladas, enlazadas entre sí. Aquí se hace pertinente pesquisar la manera de constitución de estas representaciones que luego van a conformar el núcleo de la representación cuerpo”. (Moreira, 1995: p. 46). Moreira propone que las sensaciones de dolor son de relevancia en lo referido a la representación de órganos dado que conllevan un aumento de los estímulos.

Podemos entonces destacar que en este yo real primitivo se vislumbra un arranque de un interior que, por medio de la investidura de órganos, activará un procesamiento representacional. La posibilidad de registrar como propios ciertos estímulos provenientes de determinados órganos iría construyendo la representación-cuerpo; las pulsiones de autoconservación. Cuando varias de estas investiduras de órganos se ligan entre sí con cierta armonía, cierta homeostasis somática, podemos plantearnos la estructura de un yo real primitivo.

Por otra parte, es remarcable que una de las más vitales tareas que tiene este momento de la constitución psíquica es la protección contra los estímulos. Los mismos deben ser minimizados, pues si su magnitud resulta superior al nivel de investidura del psiquismo, provocaría una fractura en éste.

¿Cómo sigue el devenir del yo? Los conglomerados de las primeras huellas inauguran el polo del placer de lo que será después la serie placer-displacer. Aquí acontece un suceso inédito que consiste en la transformación de cantidad en cualidad; surge un nuevo nivel: el Yo-placer purificado, lo que incrementa la estabilidad de la estructura yoica.

La ganancia que se observa en este nuevo desarrollo del psiquismo es la clara delimitación de un adentro y un afuera dada por la correspondencia entre el polo placiente- del lado del yo- y el displaciente, el no-yo, el exterior.

El borde yoico prefigurado en el Yo Real Primitivo (es decir, el borde que separa lo evitable mediante la fuga de lo no evitable) es ahora utilizado con un nuevo sentido. Comienza a surgir un No-Yo, un exterior, ahora no indiferente en torno al Yo. Dicho exterior no implica que se haya constituido la realidad como instancia psíquica, se trata del camino a su conformación; algo comienza a hacer borde respecto a esas cantidades. La polaridad afectiva no es más “amor-indiferencia”, sino, a partir de este momento, amor-odio. El primer sentimiento destinado a un objeto reconocido como exterior es, entonces, el odio; y, en una aparente paradoja, ese objeto exterior es primordialmente el interior del propio cuerpo, en tanto que es asiento de las sensaciones displacientes.

Con la instalación del Juicio de Realidad, que marca el final del Yo de Placer Purificado, se frena la realización alucinatoria- propia del yo placer purificado. Este movimiento evita el estallido de displacer. Así, el yo inhibe las grandes transferencias de cantidad de excitación que constituyen el proceso primario. Para que esa inhibición del proceso primario sea posible -o sea, para

que se instale el proceso secundario- es necesario que se produzca la complejización de la trama representacional, lo que permite atenuar la cantidad de carga que inviste a la huella mnémica de la cosa. En otros términos: el Yo logra reprimir la reproducción alucinatoria del objeto deseado, ya que ese camino (la Identidad de Percepción) demostró terminar ocasionando displacer. Comienza a actuar el Principio de Realidad, el que en última instancia está al Servicio del Principio del Placer.

Hasta aquí entonces lo planteado por Freud respecto del desarrollo del yo en tanto instancia. Su formulación parece clara, sin contrariedades. Sin embargo, cuando el autor se ve precisado a introducir en su teoría la noción de narcisismo la teorización se opacó. A continuación, trabajaremos los impases que se vislumbran en el decir freudiano.

Yo y narcisismo

El narcisismo originario queda delimitado por Freud en general en términos de lo autoerótico, como fase temprana del desarrollo del yo. Dice: “Nos hemos acostumbrado (sin examinar al comienzo los vínculos entre autoerotismo y narcisismo) a llamar narcisismo a la fase temprana de desarrollo del yo, durante la cual sus pulsiones sexuales se satisfacen de manera autoerótica”. (Freud, 1915: p. 127).

Si la etapa temprana del desarrollo del yo es el narcisismo surge la duda de lo que pasa con las categorías que hemos expuesto en el apartado anterior. ¿O es acaso que el narcisismo y el yo real primitivo son homologables? En este punto es necesario esclarecer que en esta cita Freud se está refiriendo al narcisismo originario, que no es aquel que surge como efecto de una operación psíquica, como síntesis pulsional. Por otro lado, explica que en dicha fase del narcisismo hay pulsiones sexuales que se satisfacen de manera autoerótica. Aquí surgen dos nuevos problemas. El primero tiene que ver respecto a cuándo se ubica en el desarrollo del psiquismo las pulsiones sexuales y el segundo, la yuxtaposición entre narcisismo y autoerotismo. El autor insiste: “El yo se encuentra originariamente, al comienzo mismo de la vida anímica, investido por pulsiones, y es en parte capaz de satisfacer sus pulsiones en sí mismo. Llamamos narcisismo a ese estado, y autoerótica a la posibilidad de satisfacción”. (Freud, 1915: p. 129). Nótese el énfasis de “al comienzo de la vida misma”...no parecen quedar rastros de lo dicho acerca del yo real primitivo, como así tampoco de la bien conocida diferenciación que postulará respecto de la fase de autoerotismo y del narcisismo en torno a los desarrollos libidinales. Aquel arranque que parecía claro, ordenado, acerca del desarrollo del yo se esfuma a raíz de mezclar instancia psíquica con libido.

La nota 30 echa luz sobre el narcisismo y el yo real primitivo, o al menos trae la noción de este último. “Una parte de las pulsiones sexuales es, como sabemos, susceptible de esta satisfacción autoerótica, y por tanto

apta para servir de sustento al desarrollo del «yo realidad» originario hacia el «yo placer»-regido por el principio del placer-. Las pulsiones sexuales, que desde el comienzo reclaman un objeto, así como las necesidades de las pulsiones yoicas, que nunca se satisfacen de manera autoerótica, perturban desde luego este estado narcisista primordial y preparan los ulteriores progresos. Por cierto, el estado narcisista primordial no podría seguir aquel desarrollo si todo individuo no pasara por un período en que se encuentra desvalido y debe ser cuidado, y durante el cual sus urgentes necesidades le fueron satisfechas por aporte desde afuera, frenándose así su desarrollo”. (Freud, 1915: p. 129). Pareciera efectivamente que el yo real primitivo es el narcisismo primordial. Con esto queremos remarcar que este narcisismo primordial implica necesariamente el amor del Otro de los primeros cuidados, que en tanto cuerpo libidinal inviste al niño. Freud lo esclarece en *Introducción del narcisismo* como narcisismo de los padres. Involucramiento libidinal, trasvasamiento *encuerpo*.

Siguiendo las formulaciones de Gutiérrez Terrazas planteamos que estas ambigüedades que se hallan en torno al narcisismo pueden deberse a la confusión entre la noción de libido y la de desarrollo del individuo. El autor afirma: “por tanto, cuando ha hablado o planteado un narcisismo primario debe ser entendido (...) en el plano de la evolución de la libido, en el de la constitución de la sexualidad y no en el del origen del individuo (...) el narcisismo se origina dentro del individuo y de allí parte a los objetos, es lógicamente obligatorio un narcisismo primario de tipo anobjetal y biológico, en definitiva, en consonancia con la metáfora de la ameba y sus pseudópodos...”. (Gutiérrez Terrazas, 1990: p 119). A su vez sostendrá que el autoerotismo es una etapa temprana de la libido. Por lo que no se trata de un estado del individuo en su comienzo. El autoerotismo sucede a otra cosa en el tiempo, no es en absoluto lo primero. Es decir que desde el desarrollo de la libido tendríamos el autoerotismo y luego el narcisismo, mientras que, en torno al yo, los niveles descritos en el apartado anterior. Serían dos niveles diferentes de abordaje.

¿Por qué interesan estas diferencias? Porque dan cuenta de las potenciales defensas con la que contaría el psiquismo.

Retomando “Pulsiones y destinos” hallamos una clave en lo que respecta a los mecanismos imperantes en base a ciertos momentos lógicos de constitución del aparato psíquico por ello consideramos que los mecanismos antes citados de la vuelta sobre el yo propio y la transformación en lo contrario, serían aquellos que se ocupan de las cantidades pulsionales antes de que el aparato psíquico cuente con la posibilidad de inscripción del representante psíquico de la pulsión. (Freud, 1915A: p.129). En tanto que en instancias más elevadas del yo funcionará como defensa la represión primaria. En esta línea Lacan afirma: “A partir del momento en el que habla (el bebé), a partir de ese momento con toda exactitud y no antes, admito que haya represión. El proceso del *Lust-Ich* es tal vez primario, y por qué no, ya que es

evidentemente primario en cuanto comencemos a pensar, pero ciertamente no es lo primero”. (Lacan, 1972-73: p. 71). Como puede verse, el autor es contundente. La represión primaria no es lo primero en el armado del psiquismo, es situable con el advenimiento de la capacidad de hablar, es decir, con la instauración del proceso primario. Por otra parte, el yo-placer tampoco es lo primero que se haya en el desarrollo.

A la luz de estas referencias proponemos que los mecanismos antes citados de la vuelta sobre la persona propia y la transformación en lo contrario podrían ser los modos que se encuentren antes de la consolidación del yo definitivo, como está articulado en esta lectura. De esta manera, entonces, retomamos lo formulado acerca del yo y su devenir.

¿Qué ganancia conlleva seguir el planteo freudiano desde el desarrollo del yo? La posibilidad de la diferenciación de un adentro- afuera que permite fundar la defensa. Esto no parece hallable por la vía del autoerotismo y narcisismo que más bien describen los puntos de fijaciones libidinales. Así, combinando dichos momentos del desarrollo con las defensas podríamos situar que la transformación en lo contrario podría ajustarse al yo placer purificado que incluye el pasaje de cantidad a cualidad incluyendo el afecto del odio. La vuelta sobre la persona propia quizá podría pesquisar en el advenimiento de cantidades que no logran tramitarse vía el recurso a la fuga con el que cuenta el yo real primitivo.

La orientación freudiana que habla sobre la buena marca objetiva funda una psicopatología de discernimiento donde no da lo mismo que haya adentro- afuera. Esto cobra absoluta lógica si pensamos que el psiquismo tiene como tarea príncips la defensa respecto a los aluviones de cantidades que eventualmente inundan al aparato. “Así, a partir del yo-realidad inicial, que ha distinguido el adentro y el afuera según una buena marca objetiva, se muda en un yo-placer purificado que pone el carácter del placer por encima de cualquier otro. El mundo exterior se le descompone en una parte de placer que él se ha incorporado y en un resto que le es ajeno. Y del yo propio ha segregado un componente que arroja al mundo exterior y siente como hostil”. (Freud, 1915A: p. 131).

Es esta misma línea, la que va de cantidades a cualidades, la que nos describe los desarrollos siguientes en la consolidación psíquica. Dice Freud en “La negación”: “El estudio del juicio nos abre acaso por primera vez, la intelección de la génesis de una función intelectual a partir del juego de las mociones pulsionales primarias. El juzgar es el ulterior desarrollo, acorde a fines, de la inclusión dentro del yo o la expulsión de él, que originariamente se rigieron por el principio del placer”. (Freud, 1925: p. 256). Nótese que el juicio parte, entonces, del adentro-afuera y del estudio de las pulsiones primarias en lo que respecta a la función intelectual.

Pero este señalamiento freudiano sobre la función del juicio nos interesa, además, porque podemos avanzar y dar un giro en el intento de abordar la constitución del

yo y de la realidad. Freud dice: “El fin primero y más inmediato del examen de realidad {de objetividad} no es, por tanto, hallar en la percepción objetiva {real} un objeto que corresponda a lo representado, sino *reencontrarlo*, convencerse que todavía está allí”. (Freud, 1925, p. 255). En este sentido, es capital la operación que inscribe aquellas pérdidas de los objetos, ya que sitúa la posibilidad de pensar el desarrollo del yo respecto del agujero que dejan esas pérdidas. El yo oficial -yo-realidad definitivo- se verifica como alojando en su centro dicho hueco que hace a esa pérdida de los objetos “que antaño produjeron placer”. Resulta, entonces, interesante tomar como referencia “El Seminario 9”, ya que allí Lacan recurre a la topología para abordar la constitución del yo y el inconciente a partir de una operación de vacío. El autor afirma que la primera forma de identificación implica la incorporación, y dice: “... si se habla de incorporación, es porque debe producirse algo a nivel del cuerpo.” (Lacan, 1961-62: p. 197). Esta incorporación a nivel del cuerpo, la pensamos como incorporación de un vacío.

El vacío tal como venimos trabajando con Freud es el vacío que deja la cosa al inscribirse como representación-cosa. Esta operación la entendemos con efectos en el cuerpo y en el Inconciente, o su constitución. Si hay inscripción de la representación-cosa, la libido no retorna al yo inundándolo de intensidad, sino que se refugia en las huellas inconscientes armadas alrededor del vacío de lo reprimido primordial. Lacan agrega: “Esta dimensión de pérdida esencial a la metonimia, pérdida de la cosa en el objeto, está allí el verdadero sentido de esta temática del objeto en tanto perdido y nunca reencontrado, el mismo que está en el fondo del discurso freudiano repetido sin cesar”. (Lacan, 1961-62: p. 197). Cuerpo e inconciente organizados alrededor de un vacío.

En el mismo sentido Lacan afirma que la pérdida de la cosa es, a su vez, condición de posibilidad de la construcción de interior-exterior en continuidad, y esto es de vital importancia. “No es menos cierto que lo que esto vuelve sensible, es que, desde el punto de vista del espacio exigido, estos dos espacios: el interior y el exterior, a partir del momento en que nos rehusamos a darles otra sustancia que la topológica, son los mismos”. (Lacan, 1961-62: p. 176). La topología nos permite pensar el cuerpo, el yo y el sujeto desde otra perspectiva; fundamental en nuestro desarrollo. “Hay dos órdenes de consideración en cuanto a la superficie: métrica y topológica. Hay que renunciar a toda consideración métrica: en efecto a partir de ese cuadrado podría dar toda la superficie. Desde un punto de vista topológico, ésta no tiene ningún sentido. Topológicamente la naturaleza de las relaciones estructurales que constituyen la superficie está presente en cada de los puntos, la cara interna se confunde con la cara exterior para cada uno de sus puntos y de sus propiedades”. (Lacan, 1961-62: p. 290). El agujero del toro hace que se continúen el adentro y el afuera, o sea, que no haya tal oposición.

Yo cuerpo

Desde “El yo y ello” Freud aborda al yo como una parte del ello modificada por la influencia del mundo exterior, planteando que, en cierto modo, es una continuación de la diferenciación de las superficies. Dice: “Además se empeña en hacer valer sobre el ello el influjo del mundo exterior, así como sus propósitos propios; se afana por reemplazar el principio del placer, que rige irrestrictamente en el ello, por el principio de la realidad”. (Freud, 1923: p. 27).

En esta caracterización Freud señala que, en la génesis del yo, y en su diferenciación del ello, parece haber actuado aún otro factor distinto de la influencia del sistema P. La cita es la siguiente: “El propio cuerpo y sobre todo su superficie es un sitio del cual pueden partir simultáneamente percepciones, internas y externas. Es visto como un objeto otro, pero proporciona al tacto dos clases de sensaciones, una de las cuales puede equivaler a una percepción interna”. (Freud, 1923: p. 27). De allí que plantee, y será de gran interés para nuestro trabajo articular esta afirmación, que: “El yo es sobre todo una esencia-cuerpo; no es sólo una esencia-superficie, sino, él mismo, la proyección de una superficie”.

Creemos que las conceptualizaciones sobre el yo que Lacan propone en sus dos primeros seminarios se encuentran en esta línea de fundamentación y además consideramos que estos desarrollos fueron parcialmente anulados por la prevalencia del registro simbólico, del “estructuralismo tradicional”, tal como lo llama Milner en la intervención que realiza durante el dictado de *El Seminario 20*. El estructuralismo simbólico, aún con el mérito de producir una distinción potente entre neurosis y psicosis establecida en *El Seminario 3*, desdibuja sin embargo formulaciones metapsicológicas de fundamental importancia clínica.

A partir del esquema Lambda, cuando Lacan aún no había establecido el Nombre del Padre como Otro del Otro, y las consecuencias de su forclusión, como retorno de lo real en lo imaginario y lo simbólico, aborda la constitución del yo en el parlêtre con puntualizaciones precisas que luego serán minimizadas o interpretadas de un modo reduccionista. Vale asimismo destacar que es también en *El Seminario 3* donde Lacan situará la eficacia de lo imaginario en la psicosis ya que, lejos de ser un dato menor o a desechar en un tratamiento, es la consistencia o punto de enganche que permite suplir el Complejo de Edipo ausente en el momento previo al desencadenamiento, el material de donde el delirio extrae su trama, -ya que allí se refiere al cuerpo- y lo que logra cierta estabilización en algunos casos donde se llega a rearmar alguna realidad posible para el sujeto. Incluso es el lugar que le conviene al analista en tanto “amigo” donde el paciente podrá reflejarse sin riesgo de ser tomado como objeto de goce (definición que toma de Aristóteles sobre la amistad en *Cuestión preliminar*). Es allí también, en el registro de lo imaginario, en el caso de la impostura de una función, es decir, si el uso que se hace de éste es a partir de desconocer su agujero,

donde ubicaremos el deslizamiento devastador hacia el filo mortal del espejo.

Pero cuando la estructura se cierra en la conceptualización que supone el vacío como falta articulada al falo y el Nombre del Padre, lo imaginario se reduce al desconocimiento, alienación, mordaza de la pregunta neurótica que impide su despliegue. Conviene destacar aquí también que esta función es específica del yo en la neurosis, lo cual no implica que sea la función del yo en el *parlêtre*.

Es respecto de esta hipótesis que tomaremos las articulaciones, vaivenes y despliegues que realiza Lacan respecto del yo en dichos seminarios. En la clase 10 de *El Seminario 1* donde Lacan se dedica a preguntarse por las conceptualizaciones freudianas respecto del narcisismo, y sus problemas, y donde resalta la importancia de las nociones del estadio del espejo situamos una interesante referencia de Lacan a lo que llama, causado por un comentario de O. Mannoni, los “dos narcisismos”. Mannoni le pregunta si podríamos hablar de dos narcisismos distinguiendo uno “en el que una libido carga intrapsíquicamente el yo ontológico y otro, donde una libido objetal carga algo que quizás sea el ideal del yo, en todo caso una imagen del yo. Tendremos entonces una distinción, bien fundamentada, entre el narcisismo primario y el narcisismo secundario”. (Lacan, 1953-54: p. 189).

Lacan califica a este comentario como un “salto”; y dice: “En efecto, existe en primer lugar un narcisismo en relación a la imagen corporal. Esta imagen es idéntica para el conjunto de los mecanismos del sujeto y confiere su forma a su *Umwelt*, en tanto es hombre y no caballo”. (Lacan, 1953-54: p. 192). Imagen que hace a la unidad del sujeto, fuente imaginaria del simbolismo enlazado con el sentimiento que el ser humano tiene de su propio cuerpo y su medio ambiente (*Umwelt*). Ubica este primer narcisismo a nivel de la imagen real en los esquemas ópticos “...en tanto esta imagen permite organizar el conjunto de la realidad en cierto número de marcos preformados”. (Lacan, 1953-54: p. 193).

Pensamos a este primer narcisismo tal como lo habíamos desarrollado en el apartado anterior, respecto al investimento libidinal, encuerpo, articulado a lo que Freud llama “yo realidad originaria”, para intentar una articulación con los desarrollos de la óptica en relación a la fundación del narcisismo especular. En el ser hablante no hay una relación directa a la cosa, se necesita la intervención del espejo cóncavo para que la imagen real constituya un primer esbozo de realidad. Lacan está intentando ubicar la articulación de la libido con lo imaginario y lo real, y se pregunta por la función del ego en la economía psíquica.

La reflexión en el espejo plano introduce un segundo narcisismo: “Su *pattern* fundamental es de inmediato la relación con el otro” (Lacan, 1953-54: p. 193). Importa fundamentalmente porque “La identificación narcisista -la palabra identificación, indiferenciada es inutilizable- la del segundo narcisismo es la identificación al otro que, en el caso normal, permite al hombre situar con preci-

sión su relación imaginaria y libidinal con el mundo en general". (Lacan, 1953-54: p. 193). Esto es, según Lacan, lo que le permite situar su ser libidinal en el mundo.

Entonces, Lacan distingue dos modos del narcisismo a partir del esquema del florero: el primero constituye un primer ordenamiento de la realidad, aquí lo llama lo real, el medio ambiente, y el segundo es la identificación entre el yo y el otro constitutivo de la imagen del yo. Consideramos que en este primer tiempo lógico donde la realidad se ordena respecto de un primitivo yo-no yo, el yo se constituye como un objeto cargado libidinalmente, aún sin imagen. Esta carga libidinal se genera en un segundo momento lógico, con la posibilidad de la identificación. Es en ese momento que el yo adquiere una función imaginaria-especular.

La perturbación en lo natural que genera lo simbólico implica un doble movimiento: la constitución de la realidad y la constitución del yo y del otro. El animal tiene una relación directa con su medio ambiente, incluso entre sexualidad e imagen. El hombre, en cambio, necesita de la función imaginaria para constituir la realidad. Esta función es perturbada por los efectos de la palabra. Vemos aquí que el primer narcisismo no implica una relación "adaptativa" entre el hombre y el medio ambiente, sino que se trata de la construcción de una primera realidad a partir de la pulsión y el deseo, no del instinto.

Esta metapsicología de los estadios del yo que Lacan ilustra con el esquema del florero invertido, se basa en la propuesta freudiana de que en el inicio no hay una unidad comparable al yo, en tanto el yo no funciona como unidad especular. En el inicio ubicamos el soma, -viviente/palabra-, luego el autoerotismo; y la libido constituyendo al objeto imaginario al mismo tiempo que a la realidad como ilusoria.

Recordemos que el autoerotismo es definido por Freud en "Tres Ensayos de una teoría sexual", texto al que Lacan hace referencia en esta clase, como resultado del destete. Freud da cuenta así de la pérdida del objeto de la necesidad, de él quedará un signo perceptivo que será borrado con la constitución del inconsciente y la huella mnémica. Es la traducción como acción específica del otro lo que genera ese borramiento. Al que se podrá sumar una nueva traducción, en representaciones-palabra lo que da cuenta de represión primaria y secundaria propia de la neurosis.

Consideramos que esta primera traducción, desde los desarrollos de *El Seminario 1*, constituye, para Lacan, el pasaje del objeto perdido al objeto imaginario, primer esbozo de realidad, donde el narcisismo primario, que situamos en relación al yo realidad originario, se verifica como un intento de delinear un adentro-afuera a partir de los orificios o agujeros corporales, libidinizando las funciones de autoconservación, desde la regulación del principio de constancia. Constituyendo un medio, un ambiente vivible para el *parlêtre*. El objeto es inexistente como tal pero a partir de su libidinización opera como objeto imaginario o ilusorio y cumple su función en la construcción de la realidad y en la econo-

mía libidinal del sujeto.

En este punto la pertinencia de la metáfora de la ameba que Freud ofrece en "Introducción del narcisismo". Lacan en este seminario dice que en Freud la teoría libidinal está adosada a la biología de su época, y que en ese punto el narcisismo no puede diferenciar pulsiones sexuales de yoicas. Y aclara que "en el humano por el lugar del símbolo, la pulsión libidinal está centrada en la función imaginaria". (Lacan, 1953-54: p. 188).

Así Lacan distingue dos dimensiones del narcisismo: como carga del yo que viene del objeto y como carga objetual, realidad, que viene del yo. Dos narcisismos que se articulan en el esquema del florero invertido. Allí Lacan distingue dos tipos de imágenes: la imagen real, que se genera por el espejo cóncavo, producida delante del espejo y que funciona como un objeto virtual. Lo cual depende de la posición del sujeto en el esquema. Ubicamos aquí el primer narcisismo, ilusión de gestalt que constituye los objetos de la incipiente realidad. Narcisismo no especular respecto del yo y del cuerpo. Esto último, lo especular del narcisismo y el yo se constituye en una segunda vuelta, a partir de la alienación del yo al otro a través de la identificación imaginaria. Segundo narcisismo, esquematizado como imagen virtual de una imagen real. La imagen virtual, el yo, no deja por ello de contener lo otro del yo, lo primitivo, lo fragmentado que no queda del todo subsumido en la constitución del objeto ilusorio que inviste al yo como objeto libidinal. Que la imagen virtual se constituya, es decir el yo y el otro como imagen especular, depende de la inclinación del espejo plano. Es importante destacar que dicha inclinación "está dirigida por la voz del otro". (Lacan, 1953-54: p. 213).

La voz del otro, con minúscula, remite a lo que muchos años después Lacan propone respecto del decir materno, en tanto ella encarna el no del padre "amoneando", acuñando su ley. La relación a lo imaginario, de difícil acomodación en el hombre por el hecho de que habla, depende de lo simbólico como Lacan subraya con el estructuralismo lingüístico, pero en tanto ello se encarna en una voz, en un decir que hace agujero. Agujero que le permite a la imagen constituirse a partir de un vacío.

Esta hipótesis es acorde a lo que concluimos en un trabajo anterior (Algaze y AAVV, 2016) respecto de la constitución del aparato psíquico en la psicosis; ubicamos allí que se trataría, precisamente, de una falla en la traducción del *signo perceptivo* a la *huella mnémica*. Agregamos ahora que como efecto de que el objeto no se inscriba como perdido e imaginario, en el intento de reconstrucción del mundo deben conformarse con las palabras, -por no contar con sustitutos imaginarios-, en el intento de recatectizar los objetos. Falla en la represión originaria que, por un lado, pone en evidencia otros mecanismos de defensa: trastorno en lo contrario, vuelta sobre sí mismo y por otro permite entender el narcisismo primitivo a partir del cual Freud explica la psicosis. Consideramos que en las psicosis no se produce el segundo narcisismo, aquel que da cuenta de la constitu-

ción del yo como imagen especular. En “Lo inconsciente” Freud destaca que en la esquizofrenia las palabras son sometidas al proceso primario, por eso se encuentra, por ejemplo, la literalidad en el lenguaje. Es importante destacar, en este punto, que cuando Freud intenta desplegar las dificultades que en las psicosis presenta el mecanismo de la represión, ubica sobre todo el problema de la constitución del yo y la conciencia “como organización psíquica más alta que permite el relevo del proceso primario por el proceso secundario que gobierna en el interior del *Prcc.*”. Y además afirma: “El sistema *Prcc* nace cuando esa representación-cosa es sobreinvertida por el enlace con las representaciones-palabra que le corresponden”. (Freud, 1915C: p.198).

Por eso cuando se refiere a las neurosis narcisistas afirma que la libido sustraída del “objeto real” como intento de defensa va al yo, verificándose en dicha regresión los avatares de su constitución, por ejemplo, en el ensimismamiento, explicando que “se resignan las investiduras de objeto y se reproduce un estado de narcisismo primitivo, carente de objeto”. (Freud, 1915C: p.194).

En *El Seminario 10* pareciera encontrarse cierto ordenamiento respecto del atolladero entre cosa, objeto, libido, cargas, pulsión y los diferentes yoes que conforman el psiquismo. Lacan retoma los esquemas ópticos a partir de la conceptualización del objeto *a* como resto de la operación constitutiva del sujeto en el Otro barrado. Dirá a partir de esto que para que se constituya la imagen, es decir, para que el yo puede identificarse, el objeto *a* debe faltar. Y agregará que para que la falta se produzca será necesaria la operación del falo negativizando al objeto. Falo imaginario que funcionará como reservorio libidinal una vez constituida la imagen del yo y del cuerpo.

Más adelante, en el *Seminario 16*, el falo quedará definido como el significante forcluido del sistema del sujeto. Su correlación al goce provocará la eclosión de la neurosis cuando éste se positivice. Lacan produce modificaciones en sus conceptualizaciones planteadas hasta el momento, que se desprenden fundamentalmente de la redefinición del Otro. El Otro definido ahora a partir de la lógica y no de la lingüística, es inconsistente e incompleto y en tanto orden simbólico no está dado de entrada.

Podemos considerar que antes de la constitución del Otro simbólico se juega el encuentro con el deseo del Otro, lo cual deja trazas en el cuerpo, restos de lo visto u oído. De su borramiento surgirá el sujeto, lo cual implica, que esas marcas de lo visto y de lo oído deberán inscribirse en el Otro, constituyéndolo. Dicho borramiento es escritura: “El sujeto son estas maneras mismas en las que la huella como impresión se encuentra borrada”. (Lacan, 1968-69: p. 285). En dicha operatoria surgirá el sujeto y, consecuentemente, el Otro simbólico: “En esta reinscripción se halla el lazo que lo hace desde entonces dependiente de Otro cuya estructura no depende de él”. (Lacan, 1968-69: p. 286). Este movimiento implica que “No es de manera inmediata como surge en la relación del sujeto con el Otro en tanto que estructu-

rado lo que ahora se enuncia como la demanda” (p. 288), con lo cual la lectura, borramiento y escritura de esas trazas convertirán esos objetos en elementos de la demanda. Finalmente dirá que “lo que se demanda no es más que un lugar” (p. 288).

Este Otro definido como cuerpo, inaugura una relación anaclítica donde el ser hablante adviene como objeto y será a partir de allí que se generará el narcisismo. En el principio es la relación de un ser con su *Umwelt*: “Lo que nos fuerza a concebir lo imaginario son los efectos por los que subsiste el organismo, puesto que es preciso que algo le indique que tal elemento del exterior, del medio, del *Umwelt* como se dice, puede ser absorbido por él o, más generalmente, resulta propicio para su conservación. Lo que significa que el *Umwelt* es una especie de halo, de doble del organismo, y listo. Esto se llama lo imaginario”. (Lacan, 1968-69: p. 270).

Lo que le va a interesar trabajar a Lacan en estas clases es la relación entre la *i(a)* y el *a*, reforzando la idea de que el objeto *a* debe quedar vaciado y extraído de la imagen para que ella se constituya. Imagen especular que define dimensiones del cuerpo y del yo, aunque no todo, ya que algo del yo y del cuerpo no es imagen, sino hueco, agujero.

Pliegue análogo en inconciente, cuerpo y yo como efecto del Uno. Yo y cuerpo resonando con lo Otro, no todo. Oscura intimidad que genera el “entre” de algunos encuentros posibilitados por las trazas fundantes que no se anulan en el desarrollo del yo. Serán estos restos de aquel narcisismo primitivo, de la relación al *Umwelt*, imaginarización de lo real nunca completa, habitada por un vacío, un decir efecto de *lalengua*, lo que tiene como resultado los afectos.

La conceptualización del yo en los nudos

En este sentido quisiéramos, en este apartado, volver al punto de interrogación inicial para dar algún fundamento a la lectura del yo desde los nudos. Para ello, como siempre, nos apoyaremos en Freud. En “El yo y el ello” dice que lo inconciente no es sólo lo reprimido, aunque todo lo reprimido sea inconciente y agrega, además, que una parte del yo es inconciente. Atañe a nuestra investigación ya que esto nos permite proseguir un paso más en la articulación entre inconciente y cuerpo para definir el concepto de yo. Freud establece que sólo puede hacerse consciente lo que fue percepción consciente; “y, exceptuados los sentimientos, lo que desde adentro quiere devenir consciente tiene que intentar transponerse en percepciones exteriores. Esto se vuelve posible por medio de las huellas mnémicas.” (Freud, 1923: p. 22)

En el intento de definir la conciencia, el sistema preconciente, y la relación del yo tanto con la percepción externa como con la percepción interna, Freud dirá que: “Los restos de palabra provienen, en lo esencial, de percepciones acústicas, a través de lo cual es dado un particular origen sensorial, por así decir, para el sistema *Prcc* (...) La palabra es, entonces, propiamente el resto

mnémico de la palabra oída”. (Freud, 1923: p. 23). Los restos de lo visto u oído haciendo marca, delimitando un interior-exterior, una topología subjetiva. Trazas que determinan la constitución del yo.

Además, las sensaciones que provienen del interior del cuerpo y los sentimientos pueden pasar de lleno a la conciencia sin necesitar estar enlazadas a las representaciones-palabras. Los afectos que quedan como saldo de la vivencia de dolor no presentan una tramitación por las vías del inconciente. Puntos que enlazan cuerpo e inconciente y puntos de disyunción.

Ahora sí podemos abordar la constitución del yo desde los tres registros, para lo cual, en principio, intentaremos distinguir los distintos tipos de agujeros que Lacan escribe en distintos lugares del nudo. Esto nos permitirá resaltar matices clínicos que quedan oscurecidos por el aplanamiento de la conceptualización del yo, a partir de la clínica de la estructura como puramente simbólica, al mismo tiempo que afina el diagnóstico psicopatológico desde la perspectiva del psicoanálisis.

Lacan aborda de diferentes modos los agujeros que constituyen lo Real, lo Simbólico y lo Imaginario. Respecto del agujero simbólico ubicará la represión primaria: “... hay una *Urverdrängung*, una represión que nunca se anula. Corresponde a la naturaleza misma de lo Simbólico implicar este agujero. Yo apunto a ese agujero, en el que reconozco la *Urverdrängung* misma”. (Lacan, 1975-76: p. 42) y en “El Seminario 24”, Didier Weill agregará: “En efecto, el problema de la “represión originaria”: no se puede decir que el retorno de lo reprimido originario se produce en el seno de lo simbólico como lo haría la represión secundaria, puesto que él mismo es el autor. Si retorna, no podría hacerlo sino en lo Real, y es en tanto tal que se manifiesta, diría, por una mirada, una mirada de lo Real, delante de la cual el Sujeto está completamente inerme”. (Lacan, 1976-77: p. 103).

De allí que afirma que “El inconciente, es lo Real (...) en tanto que está afligido, en tanto que en el *parlêtre* está afligido por la única cosa —he dicho cosa— que haga agujero, que nos asegura del agujero, es lo que yo llamo lo Simbólico encarnándose en el significante, del cual, al fin de cuentas, no hay otra definición que es eso: el agujero, el significante hace agujero”. (Lacan, 1974-75: p. 171).

Por su parte, en *El Seminario 22* afirma: “... la función, por ejemplo, llamada del yo (*moi*), es ese algo de lo que Freud, de manera conforme a esa necesidad, a esa pendiente que hace que es a lo Imaginario que va la sustancia como tal, Freud designa como el yo ¿qué? Ninguna otra cosa que lo que en la representación hace agujero”. Pareciera que aquello que agujerea el inconciente es el yo. Pero además lo enlaza al cuerpo: “...es en la bolsa, la bolsa del cuerpo, es por esta bolsa que se encuentra figurado el Yo, en lo cual, por otra parte, esto lo induce a tener que, sobre ese Yo, especificar algo que justamente hacía allí agujero (...)”. (Lacan, 1974-75: p. 27). El yo presentado aquí como agujero.

En la misma clase, respecto del agujero de lo Real dirá que es la vida. Y que “Es en la medida que el goce es lo que ex-siste que él constituye lo Real”. (Lacan,

1974-75: p. 27).

Establecimos en el apartado anterior que el Otro es definido como agujero, lo cual nos permitió concebir de otro modo la estructura y, ubicamos además que lo simbólico hace agujero en lo real. Creemos que el nudo es lo que permite la escritura de los agujeros, lo cual nos interesa particularmente, no sólo teóricamente, ya que para Lacan el decir es lo que hace nudo y esto hace a la clínica. Si el nudo se sostiene, “es justamente porque lo imaginario debe ser tomado en su consistencia propia. (...) La consistencia para el *parlêtre*, para el ser hablante es lo que se fabrica y se inventa. En este caso es el nudo en tanto que se lo ha trenzado”. (Lacan, 1974-75: p. 74-75).

En *El Seminario 23* dice que lo que agujerea lo real es el lenguaje, lo habíamos planteado anteriormente en términos del lenguaje perturbando lo natural, en este Seminario lo dice así: “Si el lenguaje no es considerado, bajo este sesgo, que está ligado a algo que en lo Real hace agujero, no es simplemente difícil, es imposible considerar su manejo. El método de observación no podría partir del lenguaje sin que este aparezca agujereando lo que se puede situar como Real, el lenguaje aparece como haciendo agujero. A partir de esta función del agujero, el lenguaje opera su captura de lo Real”. (Lacan, 1975-76: p. 32).

El anudamiento de los tres registros supone un agujero. Ahora bien Lacan diferencia el verdadero del falso agujero. Intentaremos precisar de qué se trata esta diferencia y su importancia en la clínica. En este mismo Seminario pareciera que el verdadero agujero consiste en lo que sostiene juntos real, simbólico e imaginario. Nos centraremos en esta cita: “Suponer la consistencia de una cualquiera de estas funciones - simbólica, imaginaria o real - como constituyendo un círculo, implica un agujero. Pero en el caso del símbolo y del síntoma se trata de otra cosa. Aquí constituye un agujero el conjunto de estos dos círculos plegados uno sobre el otro. Pero este es un falso agujero. Para que tengamos algo que pueda calificarse de verdadero agujero, es preciso enmarcar, rodear uno de los círculos con algo, una consistencia que los haga mantenerse juntos, que se asemeje a un soplado, lo que en topología llamamos un toro. (...) Es decir también que, para que el agujero subsista, se mantenga, simplemente basta imaginar aquí una recta, siempre que sea infinita”. (Lacan, 1975-76: p. 24).

Geneviève Morel en el texto *La ley de la madre* desarrolla esta diferencia basándose específicamente en el vínculo entre el símbolo y el síntoma, siendo que a partir de *El Seminario 23* Lacan da otra lectura de síntoma que no hace a la determinación inconciente, el acento estará puesto en la relación del síntoma con el cuerpo. Morel explica la figura topológica del falso agujero respecto de la duplicidad del síntoma y el símbolo. “El símbolo determinante no es para nada el mismo significante susceptible de representar al sujeto frente a otro significante; no se trata más de la determinación de la nominación paterna por un S1 que, incluso multiplicado en un enjambre, tendría la virtud de fijar unívocamente lo real a lo simbólico. El símbolo del cual se trata ahora es el equívoco, el S2”. (Morel, 2012: p.109). Siendo lo real

de lo simbólico, el símbolo muestra la barradura irreducible del Otro, ya que no hay Otro del Otro. Por su parte el síntoma, será planteado como “un acontecimiento de cuerpo”. Entonces, “Lo real de la división del sujeto entre S1 y S2 refleja la duplicidad del símbolo y del síntoma que está topológicamente definido por la figura del ‘falso agujero’. En el nudo borromeo, el agujero es, como hemos visto la calidad de lo simbólico: se caracteriza por el hecho de que se pueda hacer pasar por él algo, por ejemplo, una recta. Salvo por error el síntoma y el símbolo no están enlazados el uno al otro, de modo que cuando así aparecen es porque se encuentran plegados junto con un ‘falso agujero’ en el medio, el cual no es ni el agujero del uno ni aquel del otro, además de ser fundamentalmente inestable”. (Morel, 2012: p.118).

Ahora bien, siguiendo a Lacan puede transformarse en un agujero verdadero si se hace pasar una recta por él. De este modo propone que la práctica analítica tiene allí su lugar en tanto depende del decir; como “arte-decir”. Para la autora se trataría de “realizar” este falso agujero, transformándolo en un agujero verdadero haciendo pasar algo que podría ser el cuerpo. Esta lectura se basa en la cita de Lacan que afirma: “Este tercer término puede ser lo que se quiera. Pero si se considera que el *sinthome* es equivalente a lo real, este tercer término sólo puede ser lo imaginario. Después de todo es posible hacer la teoría de Freud concibiendo este imaginario, a saber, el cuerpo, como lo que mantiene separados los dos del conjunto que aquí establecí con el nudo del síntoma y de lo simbólico”. (Lacan, 1975-76: p. 136).

Desde esta perspectiva acentuamos la función del analista como retor, haciendo resonar el equívoco, en el cuerpo, para tocar el síntoma.

Creemos que la escritura del verdadero agujero depende de la escritura del nudo. El verdadero agujero no es la represión primaria, ella se sitúa entre real y simbólico, mientras que, tal como lo propusimos en un trabajo anterior (Algaze y AAVV, 2017), donde nos dedicamos a diferenciar los distintos tipos de agujeros para conceptualizar la constitución subjetiva, el verdadero agujero lo planteamos entre Imaginario y Real, en tanto no hay Otro del Otro. Respecto de dicho agujero se constituye el ser hablante. Cuando Lacan presenta en el nudo el campo del goce del Otro barrado dice: “A barrado quiere decir que no hay Otro del Otro, que nada se opone a lo simbólico, lugar del Otro como tal”. (Lacan, 1975-76: p.55), “Lo simbólico se distingue por especializarse, si puede decirse así, como agujero. Pero lo sorprendente es que el verdadero agujero está aquí donde se revela que no hay Otro del Otro”. (Lacan, 1975-76: p.132).

El verdadero agujero se produce cuando está hecho el nudo borromeo, lo cual implica que no hay interpenetración de los registros. Lacan lo describe diciendo que el verdadero agujero se produce cuando se hace pasar esa recta infinita que hace de tercero y fija los agujeros de los otros dos redondeles de cuerda. El verdadero agujero es el que se produce, se fija con el anudamiento. Antes de eso no se puede verificar que eso es un agujero: “Si algo, recta o círculo, atraviesa este falso agujero, este

está, si puede decirse así, verificado. La esencia de la cadena borromea descansa en la verificación del falso agujero, en el hecho de que esta verificación lo transforma en real”. (Lacan, 1975-76: p.115).

En cambio, la represión primaria sólo es posible si se produce una operación de vaciamiento del agujero-torbellino, pura cantidad. Surge entonces la posibilidad de articular el verdadero agujero y la represión primaria desde la relación entre pulsión e inconciente para establecer la constitución del yo. Por ello ubicamos a la represión primaria como mecanismo propio de la neurosis que tiene como correlato la represión secundaria y determinada constitución del yo: como almárgico de la angustia, capaz de dar la señal de angustia frente a la perturbación económica activando la defensa y como imagen que tomada como objeto interviene en la economía libidinal de un sujeto.

Consideramos que hay otros modos del yo que responden a mecanismos de defensa primarios señalados por Freud: trastorno en lo contrario, vuelta contra sí mismo. Lo planteamos como tratamientos diversos del verdadero agujero que dan lugar a la constitución del *parlêtre*.

Conclusiones

Creemos que revisar el concepto de yo aporta al psicoanálisis un sesgo especial, en primer lugar, fundamentalmente, porque yo es otro, y si así es considerado podemos fundamentar nuestra propuesta de que el psicoanálisis “le haga la contra” a la tendencia individualista propia del mercado.

En segundo lugar, porque el yo es agujero, y si así lo pensamos podemos proponer, como orientación clínica, la posibilidad de ahuecar ciertas consistencias yoicas sufrientes, pero concebidas como estáticas.

En tercer lugar, porque la reformulación de lo simbólico que permite concebir al Otro como agujero, cuerpo, y S1 en la enseñanza de Lacan, nos sirve de soporte a la lectura que en este trabajo proponemos del yo. Del orden simbólico a la falta en el Otro, articulada a su dimensión de cuerpo y agujero, la estructura va imprimiendo modificaciones en la forma de pensar un sujeto, la estructura psicopatológica y la constitución del *parlêtre*. Asimismo, estas reformulaciones repercuten en los registros imaginario y real. Es inevitable que la noción de yo acompañe estas modificaciones, que suponemos son producto de la experiencia y el intento de hacer clínica, así como también de los interlocutores, y de cada época. No se trata de darle linealidad conceptual a aquello que, en la clínica, en la experiencia, no lo tiene. Tampoco en la transmisión misma de los maestros, que se ve cómo han sostenido y soportado lo espiralado del oficio, sino en recorrer tramos de preguntas, embrollos, respuestas a medias.

Finalmente, porque creemos que resulta necesario teóricamente reformular el concepto de imaginario y conviene distinguir el yo del narcisismo especular y su

articulación a lo que no se especulariza, ya que el yo da cuenta de cómo se ha constituido el psiquismo en su clivaje y articulación con el cuerpo, lo somático y con el exterior. En su doble vertiente; de realidad objetiva y de real, como ajeno a su lógica primitiva de tramitación de cantidades. Por otro lado, el narcisismo no es sólo desconocimiento, en su vertiente especular sino también investidura libidinal que envuelve un vacío y en ese sentido es una vía regia de acceso a “lo otro” y a lo corporal en un tratamiento. El yo es lo que “nos hace hombres y no planetas”, según Lacan, advirtiendo que el nazismo fue posible, en parte, por tratar a los hombres como planetas. De allí podemos rescatar la singularidad del yo en el armado de un sujeto y su relevancia clínica.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- Algaze, D. y AAVV. (2017) “Constitución subjetiva: Estructura y tiempo”. En *Revista Universitaria de Psicoanálisis*. Facultad de Psicología, N°17, UBA, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, 2017.
- Algaze, D. y AAVV. (2016) “Fundamentos metapsicológicos de la constitución del aparato psíquico en las psicosis”. En *Revista Universitaria de Psicoanálisis*. Facultad de Psicología, N° 16, UBA, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, 2016.
- Bleichmar, S. (1981) “Las crueldades del amor”. En *Revista de la Universidad de México*, Volumen XXXVI, N°. 4, México: Nueva Época.
- Bleichmar, S. (1984) “En los orígenes del sujeto psíquico”. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1984.
- Bleichmar, S. (1993) “La Fundación de lo Inconciente”. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1993.
- Bleichmar, S. (1990) “Lecturas de Freud” Lugar Editorial, Buenos Aires, 1990.
- Freud, S. (1895) “Proyecto de psicología”. En *Obras Completas*, Vol. I. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1992.
- Freud, S. (1901-1905) “Tres ensayos de teoría sexual”. En *Obras Completas*, Vol. VII. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1993.
- Freud, S. (1911) “Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (*dementia paranoides*) descrito autobiográficamente”. En *Obras completas*, Vol. XII, Buenos Aires: Amorrortu editores, 1998.
- Freud, S. (1914) “Introducción del narcisismo”. En *Obras completas*, Vol. XIV, Buenos Aires: Amorrortu editores, 2003.
- Freud, S. (1915A) “Pulsiones y destinos de pulsión”. En *Obras completas*, Vol. XIV, Buenos Aires: Amorrortu editores, 2003.
- Freud, S. (1915B) “La represión”. En *Obras completas*, Vol. XIV, Buenos Aires: Amorrortu editores, 2003.
- Freud, S. (1915C) “Lo inconciente”. En *Obras completas*, Vol. XIV, Buenos Aires: Amorrortu editores, 2003.
- Freud, S. (1915-17) “Complemento metapsicológico a la doctrina de los sueños”. En *Obras completas*, Vol. XIV, Buenos Aires: Amorrortu editores, 2003.
- Freud, S. (1920) “Más allá del principio del placer”. En *Obras completas*, Vol. XVIII, Buenos Aires: Amorrortu editores, 2001.
- Freud, S. (1921) “Psicología de las masas y análisis del yo”. En *Obras completas*, Vol. XVIII, Buenos Aires: Amorrortu editores, 2001.
- Freud, S. (1923) “El yo y el ello”. En *Obras Completas*, Vol. XIX, Buenos Aires: Amorrortu editores, 2001.
- Freud, S. (1924A) “Neurosis y psicosis”. En *Obras Completas*, Vol. XIX, Buenos Aires: Amorrortu editores, 2001.
- Freud, S. (1924B) “La pérdida de realidad en neurosis y psicosis”. En *Obras Completas*, Vol. XIX, Buenos Aires: Amorrortu editores, 2001.
- Freud, S. (1925) “La negación”. En *Obras Completas*, Vol. XIX, Buenos Aires: Amorrortu editores, 2001.
- Freud, S. (1939) “Moisés y la religión monoteísta”. En *Obras Completas*, Vol. XIX, Buenos Aires: Amorrortu editores, 2001.
- Lacan, J. (1953-1954) *El Seminario, libro 1, Los Escritos Técnicos de Freud*, Buenos Aires: Paidós, 1995.
- Lacan, J. (1954-1955) *El Seminario, libro 2, El Yo en la Teoría de Freud*, Buenos Aires: Paidós, 1995.
- Lacan, J. (1955-1956) *El Seminario, libro 3, Las Psicosis*, Buenos Aires: Paidós, 1995.
- Lacan, J. (1961-1962) “El Seminario, libro 9, La identificación”. Inédito.
- Lacan, J. (1962-1963) *El Seminario, libro 10. La Angustia*. Buenos Aires: Paidós: 1995.
- Lacan, J. (1968-1969) *El Seminario, libro 1, De un Otro al otro*. Buenos Aires: Paidós, 2008.
- Lacan, J. (1974) “La dificultad de vivir”. Entrevista publicada por la revista *Panorama* (Roma).
- Lacan, J. (1974-75) “*El Seminario, libro 22: R.S.I.*”. Inédito.
- Lacan, J. (1975) “Jornadas de los carteles de la Escuela Freudiana de París”. Inédito.
- Lacan, J. (1975-76) *El Seminario, libro 23. El Sinthome*. Buenos Aires: Paidós, 2011.
- Lacan, J. (1976-77) *El Seminario, libro 24. El fracaso del Un-desliz es el amor*. México: Artefactos, 2008.
- Lacan, J. (1977-78) *El Seminario, libro 25. Momento de concluir*. Inédito.
- Laplanche, J. (1990) Entrevista realizada en el marco de las jornadas “El inconsciente y la clínica psicoanalítica: trabajar sus fundamentos” <http://www.elpsicoanalisis.org.ar/old/numero3/reportajelaplanche3.htm#1>
- Morel, G. (2012) *La ley de la madre. Ensayo sobre el sinthome sexual*. Chile: Fondo de Cultura Económica, 2012.
- Moreira, D. (1995) “Psicopatología y lenguaje en psicoanálisis”. Rosario: Homo Sapiens, 1995.
- Rimbaud, A. (1871) “Primera Carta”. En *Cartas del vidente*. Biblioteca Virtual Universal. www.biblioteca.org.ar/libros/153514.pdf.
- Winnicott, D. (1965) “Los procesos de maduración y el ambiente facilitador”. Buenos Aires: Paidós, 1999.